

América Latina y la segunda UNCTAD

ALBERTO BALTRA CORTÉS, es profesor de Economía en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile. Fue Ministro de Economía y presidente del primer periodo de sesiones de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). Es Senador de la República y, hasta el momento de ser elegido, fue también consultor de las Naciones Unidas. Es autor de diversas obras, traducidas a varios idiomas. Entre ellas, *Crecimiento Económico de América Latina y Teoría Económica*.

NUESTRA CRISIS ESTRUCTURAL

El punto de vista latinoamericano acerca de los resultados de la II UNCTAD no puede comprenderse cabalmente sin lanzar un vistazo, aunque muy general, a la naturaleza de la profunda crisis estructural que, desde hace algunos años, vive América Latina. En su esencia íntima se trata de un agudo y creciente desequilibrio entre el ritmo con que aumenta la población y el ritmo con que crece la economía. Hay un serio desajuste y éste es el que genera las tensiones que estremecen el subsuelo social y político de nuestra América.

El crecimiento demográfico de América Latina es el más alto del mundo como que la población está aumentando a razón de casi un 3% al año. En 1900 éramos 63 millones. Ahora, somos 245 millones. En 1975, seremos casi 300 millones, o sea, tendremos más habitantes que Estados Unidos o que la Unión Soviética. Bien sabido es que el desarrollo económico puede traducirse en mejoramiento del nivel general de vida sólo si el producto nacional crece con un ritmo mayor que el de la población. Cuando el producto per capita no crece, ello quiere decir que producción y población están aumentando con el mismo ritmo y que, en consecuencia, no existe posibilidad de elevar los niveles de vida.

EL CRECIMIENTO DE LA ECONOMÍA LATINOAMERICANA

¿Cuál es, desde este punto de vista, la situación de América Latina? En los años posteriores al término de la segunda guerra mundial, el producto per capita aumentó en 3,2% anual. En lo que va corrido de la actual década, el promedio del aumento anual del producto per capita apenas llega al 1,6% y en 1966 no fue sino del 1,1%. Esta enorme baja acusa la incapacidad de las sociedades latinoamericanas para hacer crecer sus economías con tasas que aseguren el progreso de las naciones y el bienestar material y cultural de

quienes las habitan. Por este motivo, la Comisión Económica para América Latina, de las Naciones Unidas, en el informe que preparó con motivo de la UNCTAD dijo: "El pronóstico para los próximos años, si no se introducen hondas y oportunas rectificaciones, es evidentemente desolador. Para fines de la presente década el déficit de recursos externos tendrá proporciones incompatibles no sólo con un desarrollo a tasas aceptables sino hasta con el mantenimiento de la vida económica y social en condiciones de normalidad y orden".

Para apreciar la magnitud del esfuerzo necesario y la profundidad del problema, destaquemos dos hechos. Si la economía de América Latina sigue creciendo al ritmo promedio del período 1960—1967 tardaríamos, más o menos, 70 años en duplicar el actual ingreso per capita. Es decir, en 70 años podríamos acercarnos al ingreso per capita que, en la actualidad, tiene Francia. Para alcanzar el ingreso per capita de que hoy dispone Estados Unidos deberíamos esperar algo más de 200 años.

Estas cifras demuestran que América Latina requiere, con urgencia, apresurar el ritmo de su desarrollo, pues el clamor de los pueblos es tan poderoso y apremiante que no se aviene con el lento transcurrir de planes y de plazos que se prolonguen a través de varias generaciones. Los latinoamericanos comprobamos, de día en día, que la demanda social de trabajo y bienestar es cada vez más grande y perentoria. Comprobamos, también, que la dimensión humana de América Latina aumenta agigantadamente y que el sistema económico y social es incapaz de resolver los nuevos y enormes problemas que le plantea una población que crece en cantidad, aspiraciones y legítimas exigencias.

DESARROLLO ECONÓMICO Y COMERCIO EXTERIOR

Según los especialistas, el ritmo de desarrollo de América Latina tendría que alcanzar una tasa superior, en promedio, al 6% para que así fuera posible absorber la fuerza de trabajo y mejorar los niveles de vida. Este proceso de desarrollo no puede cumplirse con razonable eficiencia sin que las importaciones aumenten paralelamente al aumento del ingreso a fin de satisfacer, de este modo, la demanda de bienes esenciales y, en particular, la demanda de los bienes capitales que se necesitan para hacer las inversiones destinadas a aumentar la capacidad de producción.

Pero, resulta que, de mantenerse las condiciones actuales, es imposible que América Latina pueda lograr una tasa de crecimiento de 6% al año, dado que es previsible que, en el futuro, no sólo se mantendrá sino que se acentuará y agravará la insuficiencia de nuestra capacidad para importar.

Esta insuficiencia de la capacidad latinoamericana para importar se origina en el bajo ritmo con que aumenta la exportación de América Latina a la vez que en el deterioro secular sufrido por los términos del intercambio.

La actual capacidad de importación per capita apenas alcanza a un tercio de lo que era en 1928. Esta cifra revela la fuerte caída del poder adquisitivo externo de América Latina. Mientras que, por una parte, aumentan las necesidades de importación, por la otra, disminuye el poder de compra que resultó de las exportaciones, o sea, se ensancha constantemente la llamada brecha comercial, haciendo más y más difíciles los problemas de nuestro desarrollo.

Creemos, por cierto, que el desarrollo económico y social de un país no sólo es cuestión de aumentos en las tasas de ahorro, inversión y productividad, sino que, por sobre eso, supone una estrategia global encaminada a destruir los obstáculos que las estructuras e instituciones de cada país oponen al progreso, a la renovación de la sociedad y al establecimiento de un sistema económico que sea capaz de generar y mantener un desarrollo auto-sostenido, es decir, un desarrollo que encuentre, en sí mismo las fuerzas necesarias para seguir avanzando. No pensamos, pues, que el ideal para nuestros países sea llegar a convertirse en colonias prósperas al estilo de Puerto Rico sino que el ideal es que seamos naciones con capacidad de desarrollo propio y con la independencia económica suficiente para actuar en el mundo sin sujeciones hegemónicas de ninguna clase. Más adelante insistiremos en este orden de ideas que ahora sólo esbozamos con el único objeto de destacar que el atraso de los pueblos se encuentra íntimamente condicionado por la constelación de sus estructuras sociales, económicas y políticas, aunque esto en nada aminora la importancia de las limitaciones que el sector externo impone a nuestro desarrollo.

CAUSAS DE LA BRECHA COMERCIAL

Se estima que, de mantenerse las condiciones actuales, hacia 1975 las importaciones de América Latina excederían a sus exportaciones en 5.000 millones de dólares y en 8.000 millones hacia 1980. Esta es únicamente la brecha comercial, o sea, el déficit probable de la balanza comercial, pues el déficit de la balanza de pagos tendría que ser mucho mayor, porque deben agregarse las cantidades que correspondan al servicio de las deudas con el extranjero y las utilidades de las inversiones directas. Pues bien, ¿cuál es la causa de la brecha comercial? ¿por qué América Latina no dispone del poder de compra externo que requiere para llevar adelante su desarrollo y satisfacer, así, los anhelos de mejoramiento de sus pueblos? América Latina ha ido reduciendo progresivamente su participación en el comercio mundial. Cada vez, América Latina significa menos para el mercado del mundo. Actualmente, América Latina sólo provee el 5,3% del valor de las exportaciones mundiales. Antes de la gran crisis, su participación excedía del 9% y después de la segunda guerra mundial llegó a ser hasta del 11%. Es manifiesto el rudo menoscabo sufrido por la exportación latinoamericana.

Esta baja es, sobre todo, consecuencia directa de la menor participación latinoamericana en el mercado mundial de productos básicos, es decir, de aquellos productos que han sido la exportación tradicional de América Latina y que forman el grueso de su comercio exterior.

Hay dos grupos de factores que explican el descenso de América Latina en el comercio mundial de exportación. Está, desde luego, la menor magnitud del coeficiente de elasticidad-ingreso de la demanda de parte considerable de los productos básicos, sobre todo de los alimentos. Se puede comprobar estadísticamente que los países industrializados aumentan sus importaciones de alimentos y materias primas en menor proporción que el aumento de sus respectivos ingresos nacionales. Por otro lado, la demanda de productos básicos recibe la influencia adversa que deriva del progreso tecnológico, que acarrea un aprovechamiento más completo de las materias primas, la utilización de los desechos y la sustitución de materias primas naturales por materias primas sintéticas.

Pero, y principalmente, la persistente caída de la participación latinoamericana en las exportaciones mundiales se debe a que sus clientes tradicionales tienen ahora otras fuentes de abastecimiento, como es lo que sucede con Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea. Entre 1962 y 1967, la participación de América Latina en las exportaciones a Estados Unidos disminuyó notablemente, como que se redujo del 21% al 15%. En lo que respecta al Mercado Común Europeo, la baja fue del 5,9% al 5% y en el caso de la Asociación Europea de Libre Comercio, del 5,1% al 4%. Como puede apreciarse, las diferencias son notables y se deben a dos circunstancias muy graves. Primero, el rápido desarrollo de la producción agropecuaria en Estados Unidos y Europa occidental, y, segundo, la oferta, en el mercado internacional, de productos análogos a los de América Latina por parte de algunos países industrializados. Para América Latina es extraordinariamente alarmante esta creciente participación de los países industrializados en la exportación de alimentos, materias primas y combustibles, como fruto de una política bien definida en materia de subsidios, medios y facilidades de financiamiento, tratamientos discriminatorios y regímenes de preferencia. Sucede entonces que ahora los grandes países industrializados están compitiendo con América Latina en la exportación de bienes que, hasta hace poco, constituían nuestro comercio tradicional. Tratándose de la Comunidad Económica Europea, está también la concesión de preferencias discriminatorias a un número creciente de países africanos que, como asociados al Mercado Común, internan libres de derechos productos tropicales y materias primas, que pueden así competir en Europa muy ventajosamente con las exportaciones latinoamericanas de la zona del trópico como el café, cacao, algodón, aceites vegetales, azúcar y bananas.

Hasta ahora, América Latina ha solucionado el problema de la brecha comercial apelando al crédito externo. En el período 1960-66, el ingreso

bruto por concepto de préstamos fue, en América Latina, de 2.592 millones de dólares por año. Pero, la casi totalidad de esa suma se destinó a la amortización y servicio de las deudas ya contraídas en el exterior, de tal manera que, en promedio, los fondos netos disponibles fueron sólo de 403 millones de dólares anuales y, en 1966 ese saldo neto no alcanzó sino a 158 millones de dólares. América Latina ha entrado a la peligrosa o insostenible etapa de endeudarse para pagar deudas. Si esta es la situación actual de América Latina, bien puede entenderse que una brecha comercial de 5.000 a 8.000 millones de dólares no puede, prácticamente, financiarse con préstamos extranjeros. Relacionado con este mismo tema hay otro hecho de gran alcance. En el último decenio, el aporte neto de capitales extranjeros fue igual a la pérdida sufrida por América Latina a causa del deterioro de los términos de su intercambio. Es decir, lo que América Latina perdió por la vía del comercio exterior fue lo que recibió como préstamo, donación o inversión directa.

Las cifras y datos expuestos muestran que, de no modificarse sustancialmente la política económica y comercial de los países industrializados, América Latina se encontraría imposibilitada de superar las limitaciones que a su desarrollo impone el comercio exterior y que estas limitaciones terminarían por estrangular el crecimiento de las economías latinoamericanas creando problemas sociales y políticos de magnitud y efectos realmente imprevisibles.

LA II UNCTAD, UNA NUEVA FRUSTRACIÓN

En medio de este panorama sombrío, la I UNCTAD abrió un horizonte de esperanzas. Los países latinoamericanos lograron unificar sus criterios a fin de presentar un frente unido en los debates de Ginebra. Posteriormente, se constituyó el grupo de los 77 y, de esta suerte, la Humanidad subdesarrollada planteó en común sus problemas y las eventuales soluciones.

No es esta la oportunidad de analizar el alcance de los principios y recomendaciones aprobados por la I UNCTAD. Pero es útil recordar aquí que, al inaugurarse en Nueva Delhi, la II UNCTAD, ni esos principios ni esas recomendaciones se habían cumplido y que, muy al contrario, se habían acentuado las prácticas y las políticas que en Ginebra se estimaron adversas al desarrollo de los países atrasados.

No fue mejor la suerte que corrieron los países subdesarrollados, en general, y los de América Latina en particular, con ocasión de la Rueda Kennedy. El volumen del comercio afectado por las rebajas arancelarias acordadas en la Rueda Kennedy fue algo así como de 40.000 millones de dólares, pero ese enorme volumen corresponde, en su mayor parte, al intercambio entre Estados Unidos, Europa occidental y Japón. Las ventajas

aduaneras de la Rueda Kennedy no favorecieron al mundo subdesarrollado sino en una cifra que se calcula en mil millones de dólares o sea un débil 2,5% del total. La Rueda Kennedy estuvo muy lejos de satisfacer las necesidades y expectativas de América Latina. Así se reveló de nuevo la indiferencia y desaprensión con que las grandes potencias industriales miran a los que, sin embargo, son graves y explosivos problemas económicos y sociales de la Humanidad en desarrollo.

Se creyó por algunos que en Nueva Delhi se adoptarían medidas prácticas y concretas que importaran avances sustantivos en la aplicación efectiva de las recomendaciones que, en 1964, aprobó en Ginebra la I UNCTAD. La Carta de Argel dice al respecto: "Los países en desarrollo reiteran que la responsabilidad primordial de su desarrollo incumbe a ellos mismos. No obstante, sólo mediante una acción internacional eficiente y concomitante será posible realizar una movilización más completa y utilizar más eficazmente los recursos internos. Lo que se necesita ahora es pasar de la fase de las deliberaciones al *plano de la acción práctica*".

Había, pues, la esperanza de que la II UNCTAD fuese una conferencia de acción y de negociación, en que se lograran acuerdos concretos, prácticos y eficaces para asegurar un progreso real de la cooperación económica internacional en favor del desarrollo de las regiones atrasadas. Nada de eso se alcanzó en Nueva Delhi.

Por eso, al término de la Conferencia de Nueva Delhi, el presidente de la delegación de Brasil, señor Azeredo de Silveira, pudo decir en nombre de todos los países subdesarrollados: "No podemos disimular nuestra decepción ante lo exiguo de los resultados, la modicidad de las obligaciones contraídas y el carácter demasiado general de los acuerdos que nos hemos visto obligados a aceptar. . . Debemos reconocer que no se han conseguido siquiera los objetivos mínimos. . . y que esos exiguos resultados no se han debido a falta de tiempo ni a que nosotros, los países subdesarrollados, no hayamos intentado agotar todas las posibilidades de conciliación y de negociación".

Se ha intentado justificar la pobreza franciscana de los resultados de Nueva Delhi con las complicaciones monetarias, financieras y cambiarias en que se vio envuelto, por ese tiempo, Estados Unidos a causa de la crisis de confianza en el dólar, derivada del persistente desequilibrio de su balanza de pagos a consecuencias, sobre todo, de los gigantescos gastos militares en que debe incurrir para llevar adelante su injustificable agresión al Vietnam. Mas, como dice el Secretario General de UNCTAD, sería engañoso considerar esos factores como la causa principal. Aun reconociendo su importancia —agrega— los Gobiernos de los países desarrollados podían haber ido mucho más allá. . . para satisfacer las legítimas aspiraciones de los pueblos en desarrollo.

Los resultados de la II UNCTAD fueron de alcance muy limitado y, en algunos aspectos, hasta hubo un notable retroceso con relación a lo convenido en Ginebra el año 1964. De entre los muchos temas incluidos en la agenda de Nueva Delhi había sólo dos en que, con fundamento, podía esperarse que se pasara a la etapa de la acción práctica. Estos temas eran el de la concesión de preferencias generales y no discriminatorias para las manufacturas y semimanufacturas de los países en desarrollo y el del financiamiento complementario para resolver los desequilibrios de la balanza de pagos cuando, por su duración o carácter, no puedan solucionarse a través de la ayuda a corto plazo. Acerca de ambos temas podía que la Conferencia adoptara medidas de orden práctico, pues, de uno u otro modo, las grandes naciones industrializadas habían manifestado ya su consentimiento y ello era singularmente válido tratándose de las preferencias para la exportación de las manufacturas y semimanufacturas producidas por los países en desarrollo.

Sin embargo, en Nueva Delhi no se llegó a ningún resultado concreto ni sobre el financiamiento complementario como tampoco respecto de las preferencias. Aún más, en lo que se refiere a este último tema, los países industrializados se negaron a aceptar siquiera que se tratara de una cuestión negociable y sostuvieron que era un problema que debía ser objeto de decisiones unilaterales adoptadas por ellos. Salvo una solitaria excepción, la II UNCTAD no produjo ningún acuerdo que implicara medidas concretas o el compromiso específico de adoptarlas en el futuro.

La única excepción es aquella resolución que *recomienda* a los países desarrollados que *traten* de transferir anualmente a los países en desarrollo el 1% de sus respectivos productos nacionales brutos en vez de hacer el cálculo sobre la base del ingreso nacional neto, tal como lo había dispuesto la I UNCTAD. El cambio en la base del cálculo significa, en principio, que la transferencia de fondos aumentaría en algo así como el 25%. Pero se trata de una simple declaración de intenciones y no de un compromiso tanto más cuanto que no se fijó fecha o plazo para cumplir la recomendación y que también se formularon algunas reservas importantes. Por último, no puede olvidarse que la gran mayoría de los países industriales ni siquiera han cumplido con la resolución de Ginebra sobre la transferencia del 1% del ingreso nacional.

Como tantas otras conferencias o foros de carácter internacional, la I UNCTAD no fue más allá de las declaraciones generales y de disponer la continuación de ciertos estudios o la realización de otros nuevos.

Conclusión desoladora y desilusionante para una región que, como América Latina, está soportando las crecientes presiones de una población que aumenta con ritmo extraordinario y en la que ha despertado, hace rato, la conciencia de que la sociedad tiene la obligación insoslayable de resolver los problemas del atraso que lo son, también, de la pobreza, la angustia, la

incertidumbre, la incultura y la desesperación de millones y millones de latinoamericanos. Estas no son meras palabras. En América Latina es común encontrar índices de 40, 60 y hasta 90 por ciento de analfabetos. Se calcula en 50 millones el número de adultos que no saben leer ni escribir. Como promedio, en América Latina, cada persona consume diariamente 2.400 calorías mientras que, en Europa, ese consumo es de 3.000; en América del Norte, 3.100 y en Oceanía, 3.250. Faltan en nuestros países por lo menos 20 millones de viviendas y el pueblo vive en el hacinamiento de tugurios miserables, Hay naciones latinoamericanas donde existe un médico por cada 6.000 o 4.000 habitantes. En la mayoría de los países, la mortalidad infantil excede al 60 por mil de los nacidos vivos. La distribución del ingreso es extremadamente desigual e injusta, y una minoría privilegiada concentra en sus manos una cuota muy alta mientras que la gran masa de la población recibe una participación increíblemente exigua. La mitad de nuestra población tiene, en promedio, un ingreso de 120 dólares por habitante por año, o sea vive con 33 centavos de dólar por día.

NO HAY VOLUNTAD POLÍTICA PARA ENFRENTAR EL ATRASO

En América Latina hay desilusión y frustración ante los resultados de la II UNCTAD. Pensamos que los grandes países industriales siguen permaneciendo ajenos a los graves problemas que plantean el atraso y el subdesarrollo. No les interesan, tal vez no los comprenden en toda su dramática dimensión, y, mucho menos, tienen voluntad política para poner en práctica una acción internacional que coopere al esfuerzo interno que por cierto deben realizar los propios países en desarrollo pero que, en buena medida, resulta difícil o imposible de llevar a cabo dentro de las estructuras vigentes del comercio internacional, que cada vez van siéndonos más adversas, pues operan en provecho de los países grandes y poderosos con perjuicio para los países pequeños y débiles.

Parece que las grandes potencias industriales olvidan que, en un mundo de interdependencia creciente, la paz, el progreso y la libertad, son comunes e indivisibles y que, en consecuencia, el desarrollo económico de los países atrasados tiene también que redundar en beneficio de los países industriales, así como la desesperanza y la miseria de los pueblos que viven en las naciones subdesarrolladas pueden hacerse insostenibles y la violencia llegar a reemplazar el juego de las relaciones políticas en que se expresa la democracia auténtica.

AMÉRICA LATINA DEBE AUMENTAR SU FUERZA NEGOCIADORA

Sin embargo, de la II UNCTAD pueden extraerse algunas lecciones. En español hay un refrán que dice: No hay mal que por bien no venga.

La II UNCTAD nos ha reafirmado en la idea de que América Latina necesita acrecentar su fuerza negociadora. Sólo así podrá hacer valer sus intereses frente a las grandes potencias industriales. Tenemos que ser más fuertes para que los poderosos por lo menos nos escuchen. Con este objeto, América Latina tiene que integrar sus economías. Por esto mismo, la integración económica de América Latina tiene que estar presidida por un firme e intransigente espíritu nacionalista a fin de impedir que, al amparo de las oportunidades de comercio e inversión que abre un mercado común, se consoliden y fortalezcan aún más los mecanismos de la explotación imperialista que hoy atenazan a los pueblos latinoamericanos.

Para que la integración aumente la fuerza negociadora de América Latina es preciso que las decisiones se adopten por Gobiernos o instituciones *latinoamericanas* y no por centros de intereses ubicados en el extranjero. En un libro muy en boga por estos días —*El Desafío Americano*— se dice: “Al crear diversas comunidades, Europa demostró hace diez años que sentía el desafío del poder norteamericano y que empezaba a contestarlo. En 1967 ya se puede hacer el balance: Europa creó un mercado común, no un poder. Y este mercado no funciona en su beneficio sino en el de la organización industrial norteamericana”. Y agrega, “las unidades pesadas de la industria norteamericana maniobran ahora desde Nápoles a Amsterdam con la facilidad y la rapidez de los blindados israelíes en el Sinaí”. Los pueblos de América Latina no están dispuestos a aceptar que esto ocurra también con su Mercado Común, pues sólo así la integración económica de esta parte del Continente americano puede contribuir a la liberación económica y política de los países que la componen y no convertirse en un nuevo dispositivo del sistema imperialista de explotación de las riquezas y de los hombres de América Latina.

LA LUCHA POR EL DESARROLLO SE CONFUNDE CON LA LUCHA ANTIIMPERIALISTA

Es bien sabido que América Latina necesita de capitales para movilizar productivamente su abundante mano de obra y sus enormes recursos naturales. Sabemos también que nuestro proceso de desarrollo encuentra una fuerte limitación en la llamada brecha comercial.

Sin embargo, el análisis de las cifras sobre aporte de fondos extranjeros, incluyendo la inversión directa, y del egreso de divisas para amortizar y servir los préstamos como, asimismo, para remesar las utilidades de las empresas extranjeras, muestra que América Latina es exportadora de capitales. O sea, América Latina atrasada y subdesarrollada, está contribuyendo a capitalizar y dinamizar la economía de las prósperas y ricas naciones industriales y, sobre todo, la del implacable imperialismo norteamericano.

Voy a demostrar lo que digo. En el período 1960-66 el ingreso bruto total de recursos extranjeros ascendió en América Latina a 23.430 millones de dólares pero, en el mismo período, América Latina remesó al exterior para los objetos indicados más arriba, la suma de 23.646 millones de dólares. Es decir, en ese período América Latina exportó capitales por un monto de 216 millones de dólares. El hecho queda todavía más en claro si examinamos lo que, en ese período, aconteció en América Latina con el *aporte o cooperación* del capital extranjero privado, que corresponde en un alto porcentaje a las inversiones directas hechas en nuestros países por los grandes trusts internacionales que explotan el cobre, el petróleo, el hierro, el azúcar, etc.

En el período 1960-66, la inversión directa realizada con recursos extranjeros fue de 2.720 millones de dólares pero la remesa de utilidades de las empresas extranjeras ascendió nada menos que a 8.235 millones de dólares. Más de la mitad —4.844 millones de dólares— de esa remesa corresponde a utilidades hechas en Venezuela y Chile, o sea, provenientes del petróleo y el cobre.

Lo anterior significa que, en el período 1960-66, América Latina tuvo que sacrificar 5.616 millones de dólares producidos por sus exportaciones y restringir, por este concepto, su capacidad de compra externa a razón de 800 millones anuales, con los naturales efectos desfavorables sobre el proceso latinoamericano de desarrollo. Resulta claro entonces que el capital imperialista no está cooperando en pro de nuestro desarrollo sino que lo entorpece o imposibilita. El subdesarrollo de América Latina es, en parte considerable, producto de la explotación imperialista que nos oprime y desangra. Somos atrasados, porque estamos explotados y para desarrollarnos tenemos que liberarnos del imperialismo, desmantelando los mecanismos a través de los cuales opera su explotación. Por ello, la lucha por el desarrollo se confunde con la lucha antimperialista.

HACIA UNA SOCIEDAD SOCIALISTA

También los resultados de la II UNCTAD contribuyen a hacer aún más honda la convicción de que el desarrollo de los países atrasados debe ser obra de ellos mismos y que América Latina tiene que afrontar esta responsabilidad histórica con sus propios recursos y sus propios hombres. El desarrollo económico de un país es una gran tarea total, que no se cumple sólo a través de determinados aumentos en las tasas del ahorro, la inversión y la productividad y asignando al Estado la realización del ideal jacobino de una más justa distribución social del ingreso pero sin tocar los fundamentos del régimen capitalista. Al contrario, el desarrollo supone eliminar los factores estructurales del atraso lo que implica destruir tanto las estructuras internas anacrónicas como los mecanismos coloniales de dependencia exterior. Para ejecutar esta tarea, el Estado tiene que asumir un vigoroso y

definido papel en la conducción del proceso de cambio renovador y, en consecuencia, disponer de poder efectivo para extirpar las estructuras en que se sustenta el atraso e introducir los cambios que constituyen la condición misma del desarrollo económico de América Latina. Se requiere de un Estado con real capacidad de decisión para acumular y movilizar los recursos que se necesitan para la capitalización y el crecimiento de la economía. Debe existir, por tanto, un amplio sector de economía pública, coherente y articulado, que abarque todas las actividades estratégicas o de base, o sea, todas las actividades que condicionan el desarrollo de la respectiva economía nacional y en el que se integren también los monopolios privados, pues su existencia es socialmente dañina e inaceptable. En otras palabras, se precisa de un *nuevo* Estado, con instituciones y facultades que le permitan cumplir su papel y responsabilidad en la conducción del proceso nacional de desarrollo, sin perjuicio de que a la empresa privada se le reconozca y garantice la iniciativa en todos aquellos sectores de actividad que no sean propios del sector público.

Pensemos que la propiedad privada de los medios de producción sólo puede aceptarse cuando no obstaculiza el desarrollo de la economía y la distribución más igualitaria del ingreso. Creemos también que el socialismo, o sea, la propiedad colectiva de los medios de producción puede llevarse a cabo dentro del sistema de relaciones políticas en que se expresa la democracia y que, esencialmente, consiste en el derecho a discrepar, el reconocimiento de las minorías, la pluralidad de los partidos políticos, el respeto a las colectividades y hombres que militan en la oposición, la plena vigencia de los derechos humanos y el funcionamiento de tribunales de justicia, independientes y autónomos, que garanticen esos derechos así como el equilibrio entre el poder del Estado y las libertades del individuo.

Cada pueblo, de acuerdo con sus circunstancias, elige el camino y las fórmulas para el establecimiento del nuevo orden social y económico. Mas, parece claro que la reestructuración democrática de la sociedad presupone el agrupamiento de todas las fuerzas políticas que sinceramente desean renovar las estructuras de la sociedad para abrir paso a una economía socialista. En nuestros pueblos, la lucha se da entre las fuerzas conservadoras y las fuerzas progresistas. Para derrotar a las primeras, atrincheradas en sus privilegios y bien apertrechadas con sus grandes recursos, es preciso reunir a las colectividades políticas de avanzada en torno de un programa común en que, sin renunciar a sus respectivos puntos de vista, se propongan conquistar el poder para arrasar con los factores estructurales del atraso. Las clases y sectores favorecidos con el actual statu quo latinoamericano se empeñan en desfigurar el problema intentando hacer creer que entre nosotros la alternativa es comunismo o democracia. De esta manera, su lucha por la mantención de los privilegios y de las estructuras vetustas se

enmascara tras el noble propósito de proteger la vigencia del estatuto democrático. La verdad, sin embargo, es otra. La verdad es que, de conservarse el ya insostenible actual orden de cosas, el pueblo, desesperado, terminará por buscar la solución de sus problemas por sendas distintas a las de la transformación democrática.